

cruz de madera , cuya hechura no era mas fina que la materia , y espresando en el tono mismo de sus cánticos la humilde compuncion de que estaban penetrados. Quedó atónita toda la corte pontificia al ver la santa gravedad y el aire celestial que respiraban, por decirlo así , todos aquellos ángeles mortales ; y corrieron lágrimas abundantemente de los ojos de todos los prelados. Los monges que eran el objeto de tantas miradas , conservaban sin cesar sus ojos fijos en la tierra , sin que un motivo tan particular de excitar su curiosidad hiciese á ninguno de ellos alzarlos. Entrando los romanos en la iglesia y recorriendo la casa , hallaron en todas partes la imágen de la pobreza y lecciones mudas de todas las virtudes. En el rectorio , cuando trataron de comer , se sirvieron yerbas despreciables , legumbres mal sazonadas , con pan negro y algun pescado de los mas comunes para el Papa. Al ver esto los romanos, no volvian de su sorpresa y arrobamiento , sin dejar de comparar una vida tan pobre con la autoridad de aquel abad tan poderoso que hacia los Papas , aterraba á los Príncipes soberbios , subyugaba los pueblos , y regia los concilios y los imperios. Mas nada les admiró tanto como el ver la violencia que fue necesario emplear para arrancarle de su claustro , y los esfuerzos reiterados en vano para ponerle la mitra. Habíase negado el año anterior á recibir el obispado de Génova , y en aquel año de 1131 el de Chalons , sin que se pudiese tranquilizar hasta que hizo poner en él á Gofredo , abad de San Medardo de Soissons.

25. Obligáronle no obstante esta vez á acompañar al Papa á Italia para ayudarle con sus consejos ; y el santo arzobispo de Magdeburgo siguió al Rey Lotario. Reuniéronse en Roncalla en Lombardía ; desde allí el Pontífice se adelantó á Pisa , en donde encontró el fuego de la guerra vivamente encendido entre pisanos y genoveses , por lo que envió al punto á Génova al abad de Claraval para tratar la paz. Habia concedido Dios á Bernardo la gracia de vencer todos los obstáculos , y de hallar un feliz desenlace en las negociaciones mas desesperadas. Así nada hizo frente á su elocuencia poderosa , ó mas bien al espíritu divino que hablaba por su boca , y que arrastró los ánimos despues de los corazones. Encontró solo una contrariedad en esta ocasion en las nuevas instancias que le hicieron para que aceptase el obispado de Génova , porque entonces le costó mas trabajo que la primera vez el negarse. No obstante , ocurrió al Papa un medio mas fácil de satisfacer á los genoveses, elevando su iglesia á la dignidad de arzobispado. Y en efecto , para recompensar su docilidad , y establecer entre ellos y los pisanos una igualdad que cimentase la paz , Inocencio II confirió los derechos de metrópoli á la iglesia de Génova , como Urbano II los habia concedido á la de Pisa. Y porque la aplicacion que habia hecho Urbano de todos los obispados de la isla de Córcega á la metrópoli de Pisa , era el manantial de las contiendas y de la discordia entre dos ciudades poderosas , Inocencio recobró de la primera tres obispados de aquella isla , y los dió por sufra-



gáneos al arzobispado de Génova. Concluido este negocio, siguió el Papa su camino hácia Roma; el Rey Lotario le alcanzó á algunas millas de la ciudad, y entraron juntos en ella en primero de Mayo, acompañándolos con mucho honor el prefecto Thilando y muchos nobles romanos.

Observando el Antipapa cuán mal aspecto tomaban sus negocios, se retiró al castillo de Sant-Angelo con la esperanza de que las tropas alemanas no sostendrían largo tiempo las incomodidades del clima, ni tardarian en volver á tomar segun su costumbre el camino de su pais. Intentó Anacleto para templar su primer ardor, divertir al Rey con palabras de paz y ofertas seductoras, hasta ofrecerle en seguridad rehenes y fortalezas (1). Empero pronto se persuadieron de que no procuraba mas que ganar tiempo, pues habiéndole tomado la palabra para evitar la efusion de sangre, fue retrasando de dia en dia la egecucion de sus promesas. Despues de mil inútiles advertencias, el Rey con los señores de su corte le condenó como reo de lesa magestad divina y humana.

El Pontífice Inocencio coronó á Lotario Emperador en 4 de Junio, no en la iglesia de San Pedro de que Anacleto se habia apoderado, sino en la de Letran en que habitaba el Pontífice, dándole al propio tiempo el usufructo de los dominios de la condesa Matilde: juró Lotario por su parte defender la Iglesia y conservar los bienes de San Pedro, empeño que en lo sucesivo han tomado los romanos por juramen-

(1) *Tom. 2. Spicil. pag. 430.*

to de fidelidad, y por una confesion hecha por el Emperador de ser feudatario de la santa Silla. Durante aquel tiempo, el Antipapa desde las torres y alturas que ocupaba, no dejaba de incomodar con sus máquinas á las gentes de Lotario sin permitir á los suyos arriesgarse en empeño alguno decisivo. Así aconteció lo mismo que se habia pensado: esto es, que el Emperador al cabo de siete semanas tuvo precision de abandonar á Roma, no solo sin haber echado de ella al Antipapa, mas tambien sin dejar un asilo fijo y seguro al Papa Inocencio que se vió obligado á volverse á Pisa.

26. San Norberto que seguia al Emperador, no tardó en regresar á su rebaño, emprendiendo de nuevo con fervor las funciones acostumbradas de la vigilancia y de la caridad pastoral. Mas debilitado despues de tanto tiempo por las austeridades de la penitencia, y del todo estenuado en su último viage por andar de continuo mudando de posicion y de modo de vivir, cayó, casi á su llegada, en una enfermedad que duró cuatro meses, y de la que murió en 6 de Junio de 1134, de cerca de cincuenta y cuatro años de edad, despues de haber gobernado ocho años la iglesia de Magdeburgo. No le canonizaron hasta dos siglos despues de su muerte, que lo hizo el Papa Gregorio XIII; y el Emperador Fernando II receloso despues de que tan preciosas reliquias fuesen profanadas por el luteranismo que habia abrazado Magdeburgo, las mandó trasladar á Praga, donde están en grande veneracion.



27. Abandonó tambien la Italia San Bernardo; mas no pudo gozar tan pronto de las dulzuras de la soledad, por las que suspiraba sin cesar. Conrado de Franconia, sobrino del Emperador Enrique V, se habia hecho coronar Rey, y ocasionaba movimientos que retardaban la estincion del cisma; y el santo abad se encargó tambien de negociar esta paz, concluida en efecto por su mediacion. La gloria de este feliz suceso le atrajo nuevos obstáculos. Habíase hecho la ciudad de Milan del partido de Conrado, y comprometido igualmente en el cisma de Anacleto; y el Papa Inocencio para remediar tantos males convocó un concilio en Pisa, al que llamaron á Bernardo inmediatamente, siéndole preciso emprender de nuevo el viage á Italia. Parecia que nada se podia hacer sin él en toda la estension de la Iglesia, y que el Sumo Pontífice habia depositado toda su autoridad en manos de aquel hombre que no poseía cosa alguna del mundo, y que no aspiraba á mas que á ser olvidado. Se le hacia asistir á todas las deliberaciones y á todos los juicios, y se le encargaban todas las comisiones de confianza. Se veía á los doctores y á los obispos esperar á su puerta por mas cuidado que tuviese el santo solitario de hacerse accesible; pero estaba agoviado con el peso de los negocios, y por la multitud de los que iban á tratar con él. La pena mayor para su sencilla modestia era verse reducido á hacer el papel propio del fausto y la opulencia.

Se vió obligado á ir hasta Milan, donde se ha-

bían formado las mas dulces esperanzas sobre el buen éxito de su mediacion entre Conrado y Lotario. Desde Pisa escribió cartas llenas de pruebas de benevolencia, pero esto no sirvió mas que para aumentar el deseo que tenían de verle allá en persona; y así despues del concilio le envió el Papa acompañado de dos cardenales, Guido de Pisa y Mateo de Albano. En presencia de estos dos ilustres prelados, de los cuales el segundo era un santo que en esta legacion acabó de agotar sus fuerzas con las austeridades añadidas á sus grandes trabajos, todos los homenajes fueron hechos á Bernardo, decorado solo con su virtud y que jamás los habia querido admitir. Los milaneses salieron á recibirle en tropas numerosas hasta siete millas de distancia: le besaban los pies por mas que hacia para impedirlo; le arrancaban el pelo de sus vestidos como reliquias; se apretaban delante y detrás de él haciendo vivas aclamaciones, y así le condujeron hasta su habitacion. Cuando llegó el caso de tratar el negocio que le llevaba, que era la reconciliacion de los milaneses con la Iglesia, á la primera propuesta que hizo, toda la ciudad se sometió con la mas perfecta unanimidad, y no hubo mas disputa que la que formaron entre sí sobre quién habia de ser el primero á dar pruebas efectivas de su docilidad.

Los milaneses pidieron humildemente que se le volviese á su ciudad la dignidad de metrópoli, que Inocencio les habia quitado en castigo de su cisma. Se les prometió hacer empeño para ello con el Padre



Santo, quien efectivamente se lo concedió; con lo cual la confianza en el santo abad no tenia ya límites: se le miraba como el depositario del poder divino igualmente que del humano, y así se le suplicó que libertase á una muger que le presentaron poseida del demonio siete años habia, y conocida de todos (1). El Santo se halló en una estraña perplegidad. Por una parte estaba confundido con la grande opinion que se tenia de él, y por otra temia engañar la confianza de aquel buen pueblo que le manifestaba todas las disposiciones á lo que el Todopoderoso ha prometido subordinar las leyes mismas de la naturaleza. Por último, se abandonó al Espíritu Santo, oró por la muger, y quedó inmediatamente libre. Los asistentes transportados de júbilo levantaron las manos al cielo, é hicieron resonar sus acciones de gracias; y habiéndose estendido la voz por la ciudad, y bien pronto por el campo, todo el pais se puso en movimiento: se juntaban de todas partes; corrian de las aldeas y ciudades inmediatas; no se hablaba sino del hombre de Dios, ni se hartaban de verle y oírle, apretándose para recibir su bendicion, ó á lo menos para tocar las estremidades de su vestido. La concurrencia del pueblo á su puerta era tan prodigiosa, que no pudiendo resistir á ella la debilidad de su cuerpo, le fue preciso mantenerse en su ventana para manifestarse y darles la bendicion. Le llevaron una multitud de energúmenos y enfermos de toda especie, atormentados de fiebres ardientes, paralíticos y cie-

(1) *Vit. lib. 2. cap. 2. num. 10.*

gos; y en presencia de una infinidad de testigos los curó á todos tocándolos ó haciendo sobre ellos la señal de la cruz.

En medio de tantas maravillas y aplausos, Bernardo, lejos de envanecerse, le confundia tener menos fe que aquel pueblo á quien atribuía solo el mérito de los beneficios celestiales, no reputándose él mas que por un instrumento despreciable; y así es como juzgó de sí mismo cuando los milaneses reconocidos llegaron á ofrecerle la silla episcopal de su ciudad, suplicándole con lágrimas en los ojos que añadiese al título justo de padre suyo el de pastor. Las instancias mas urgentes y mas reiteradas no pudieron jamás vencer una resistencia fundada en la opinion de su falta de dignidad, y así hizo elegir para aquella gran silla á Ribaldo, de quien creyó que la merecia mucho mejor que él mismo. El santo abad de Claraval entre otras conversaciones empeñó tanto á los milaneses á abrazar la perfeccion evangélica, que para satisfacerles tuvo precision de fundar en la inmediacion un monasterio de su orden que llamó Caraballo. Desde Milán pasó por orden del Papa á Pavía y á Cremona, á fin de pacificar toda la Lombardia; pero las victorias sin mezclas de amargura no son el patrimonio de los amigos de Dios, y así permitió que los cremoneses fuesen indóciles á todas las instancias de su siervo.

Despues de esto se restituyó apresuradamente á Francia, y fue á reunirse á sus queridos hijos de Claraval, donde tuvo el consuelo de no hallar nada que



reprender despues de tantas ausencias, ni una contienda que terminar, ni una queja que recibir, ni el menor abuso que reformar ó castigar. Pero apenas habia estado un año entre ellos, se le sacó de nuevo, no obstante el impedimento en que se hallaba de la reedificacion de su monasterio, que no bastaba ya para la multitud de los que llegaban á consagrarse á Dios. Gofredo, obispo de Chartres, nombrado para la legacion de Aquitania, pidió y obtuvo que le acompañase el santo abad para trabajar con él en la reduccion de los cismáticos que desolaban todavía aquella provincia.

28. Guillelmo IX, duque de Aquitania y conde de Poitiers, arrastrado al cisma, era el único y digno apoyo de él al otro lado de los Alpes: era violento y disoluto; sin decencia en la conducta, y acaso menos en sus palabras, con que se divertia comunmente á espensas de la Religion; porque á los vicios groseros juntaba la manía de censurar, y los escesos de un bufon malvado: así habiendo hecho construir una casa en que habia muchas pequeñas habitaciones semejantes á las celdas monásticas, como se le preguntase la razon de un género de construccion entonces tan rara, respondió que pretendia fundar una abadía de mugeres de fácil acceso, y dispuso muchas damas que destinaba, segun decia, á egercer allí los principales oficios. Aunque contrajo un matrimonio muy conveniente y durante un corto tiempo muy de su gusto, despidió á su muger sin formalidad alguna, para casarse con otra que le gustaba mas. El

obispo de Poitiers donde él residia, que era entonces un santo prelado llamado Pedro, no pudo disimular tan grande escándalo; y despues de haber hecho uso de todos los medios, creyó deber escomulgar al duque. Empezaba á pronunciar el anatéma, cuando Guillelmo furioso se arrojó sobre él con la espada en la mano, diciéndole: *eres muerto si te atreves á proseguir* (1). El santo obispo fingiendo tener miedo, le pidió un momento para pensar lo que importaba mas: el duque se lo concedió, y el obispo acabó con valor el resto de la fórmula de escomunión; despues de lo cual alargando el cuello: *herid ahora*, le dijo; *pronto me teneis*. La admiracion que causó al duque desarmó su furor; y pasando á la ironía, *no te amo lo bastante*, le dijo, *para quererte enviar al cielo*: y se contentó con desterrarle.

Asegurado de la proteccion de este Príncipe, Gerardo de Angulema empleaba toda suerte de violencias para sostener el cisma. Poco contento con haber invadido la silla metropolitana de Burdeos sin dejar la suya, echó tambien de sus sillas al obispo de Poitiers y al de Limoges, y de su monasterio al abad de San Juan de los Angeles; pero los obispos de la provincia permanecieron constantes en la unidad, y no pudo hacer consagrar sus intrusos. Su resistencia le causó tanto despecho, que no pensó sino en hacerlos odiosos al duque. A fuerza de indignidades y vejaciones se les puso en la precision igualmente

(1) *Guillelm. Malmesh. de gest. Henric. I. lib. 5.*